

Terribles en vuestro enojo, desafiáis al enemigo más formidable: el océano.

Si él escupe vuestra faz con su revuelta espuma, vosotras azotáis su rostro con vuestras alas de águila.

En esa lucha tremenda de vosotras con las aguas, la tierra se estremece de temor, temiendo ser envuelta entre el oleaje, como en los primeros días de la creación.

Pero generosas después de la victoria, deponeis vuestro adusto ceño, os dais un abrazo fraternal con vuestro potente adversario; sonreís á la tierra, y dando libre paso á la luz intensa del astro de los astros, os convertís en ligeros celajes, que cubiertos de rosa y esmeralda, os esparcis en todas direcciones, formando el adorno del firmamento.

Hoy naceis de las aguas de los ríos para volver á ellas mañana convertidas en lluvia, así como el hombre nace de la tierra para retornar á la misma convertido en polvo deleznable.

Pero, ¿adónde estais?

Hace un momento os contemplaba balanceando en el espacio al soplo de brisas, y ahora miro el cielo diáfano puro, y á vosotras muy lejos, perdidas allá en lontananza, divisando apenas como un punto blanco en el horizonte.

¿A dónde vais?

¿Quién sabe!

Vagais en el firmamento, como el hombre sobre la tierra, cediendo á la misteriosa influencia de una ley universal.

Como la inocencia del corazón, como los ensueños de la niñez, como los placeres de la juventud, os vais ¡oh nubes! para jamás volver.

POESIAS.

A MARIA.

PLEGARIA EN LA ENFERMEDAD DE MI MADRE.

(Género sagrado.)

Tiende, Señora, tu potente mano
Hacia este objeto de mi amor intenso,
Y en él derrama la salud benigna:
Yo te lo ruego.

Mira á mi madre de dolor postrada,
Lanzando apenas lastimeros ayes,
Que con su acento el corazón sensible
Cruelos me parten.

Vé sus ojos, un tiempo brilladores,
Tender inciertos su mirada triste;
Mira su faz de palidez siniestra
Pronto cubrirse.

Son de la noche las cansadas horas,
Y en cruel insomnio los momentos pasa,
Y yo á su lado, congojoso miro
Sus crueles ansias.

Y al ver que aumentan sus terribles males,
Desesperado en mi impotencia gimo,
Y arrodillado, á tu clemencia santa
Pido su auxilio.

Su auxilio, sí; pues mi amargura es fuerte,
Al ver que sufre mi querida madre:
La madre tierna á quien respeto siempre
Con amor grande.

Cuando era niño, en su regazo dulce
Con sus cantares arrulló mi sueño,
Y de su pecho con el néctar grato
Díome sustento.

Á ella le debo la existencia mia;
Á ella le debo lo que soy ahora;
Sin ella ¡oh Dios! ¿qué hubiera de mí sido?
¡Suerte horrorosa!

Huérfano y solo, sin apoyo alguno
Vagado habría por la ingrata tierra,
Y ora sin nombre, sin destino, aislado
Triste me viera.

Mas ella heroica, con su propio esfuerzo,
Sin ocurrir á protección extraña,
Á noble profesión supo elevarme
Con su constancia.

Como al arrimo de robusta encina
El frágil junco su ramaje extiende,
Así al apoyo de mi dulce madre,
Creí inocente.

Ella con sus consejos amorosos,
Con sus caricias y su ejemplo mismo
Me daba aliento, y el cansado estudio
Seguí con brío.

Ella por mí fervientes oraciones
Levanta al cielo, y Dios al escucharla,
Mis maldades olvida, y con su sombra
Siempre me guarda.

Su bendición me sigue á todas partes,
Y como escudo poderoso y fuerte,
De los peligros y enemigos viles
Me libra siempre.

Muy rico me contemplo yo con ella,
Que es mi grande tesoro inestimable;
Por eso digo con placer y orgullo
¡Tengo mi madre!

Si el infortunio mi existencia acosa,
Ella me brinda plácido consuelo;